

Poco sobrevivió la persecucion á su muerte; porque Arcadio, hombre muy débil, que solo tuvo de soberano el nombre, murió en el año siguiente (408), dejando el trono de Oriente á su hijo Teodosio el Joven, que aun era niño. La emperatriz Eudoxia, su madre, habia muerto dos años antes: la pérdida de su madre, irreparable desgracia para tantos otros hijos, era para el joven Teodosio una bendicion particular de la Providencia. Sus primeros años fueron confiados á la ternura y alta discrecion de Pulqueria; y Anthemio, prefecto del pretorio, tuvo la tutela del imperio. Teodosio el Joven, de un carácter afable, humano y compasivo, hubiera sido un perfecto príncipe en otros tiempos; pero en una época en que los Bárbaros cercaban al imperio con las armas en la mano, era necesario además un fuerte guerrero para contenerlos. Los Hunos y los Esquiros, aprovechándose de la debilidad del gobierno de Constantinopla, invadieron la Tracia.

4. Estas invasiones parciales del Oriente apenas merecen notarse, en presencia del diluvio de Bárbaros que inundaba á la sazón al Occidente. Desde el año 405, una rama desprendida de la gran nacion de los Godos, en número de doscientos mil hombres, habia pasado los Alpes al mando de Radagusa. Estilicon, ministro de Honorio, ayudado de un ejército de Hunos, derrotó este formidable ejército en las montañas de la alta Italia, y Roma debió su salvacion en esta coyuntura á los mismos Bárbaros. El peligro no habia pasado un poco de tiempo sino para renacer aun mas terrible. En 407, una nube de Vándalos, de Suevos, de Alanos, de Alemanes y de Borgoñones se derramó por todas las Galias. Maguncia fué tomada de asalto y saqueada: fueron degollados muchos miles de cristianos, con Aureo, su obispo. Wormes, Espira y Estrasburgo fueron presa de las llamas. Tornay, Teruana, Arras y San Quintin no pudieron detener el torrente. Los Bárbaros, mitad idólatras y mitad Arrianos, hicieron en toda la Galia muchedumbre de mártires. San Nicasio, obispo de Reims, san Didier, obispo de Langres, fueron decapitados; en Besanzon fué martirizado cruelmente su obispo Antidio. Marsella fué destruida; Tolosa,

inútilmente sitiada por los Bárbaros, debió su salvacion á las oraciones de san Exuperio. Estos horribles destrozos duraron tres años enteros. Estilicon nada hizo por impedirlos, y aun se le acusaba que, siendo suegro de Honorio, queria despojar del imperio á su yerno y elevar á la púrpura á su propio hijo Eucherio. Mantenía entonces relaciones consecutivas con Alarico, rey de los Visigodos. — Alarico era uno de esos destructores de naciones, llamados por la Providencia á partirse los despojos del imperio romano. Desde las orillas del Danubio, donde nació, le impelia cierta fuerza desconocida á la destruccion de cuanto encontrase. « Una voz interior, decia Alarico, me grita » sin cesar: Marcha, y va á saquear á Roma! » Sin embargo dos victorias ganadas por Estilicon (años 402, 403) contra los Visigodos de Alarico, habian retrasado á este en sus proyectos. En 408 Alarico volvió á presentarse en las fronteras de Italia. ¿Eran caso por la salvacion de Roma, ó bien eran por motivo de ambicion personal la correspondencia y las negociaciones que entabló con él Estilicon? La historia no lo sabe. Honorio se inclinó á lo último, pues que mandó decapitar á Estilicon en 408, despues de haberlo declarado enemigo de la patria. Alarico, á quien ninguna otra consideracion detuvo ya, vino á poner sitio á Roma: habia pasado el Tiber, de cuyas ambas orillas se hizo dueño, y cortó todas las comunicaciones con lo exterior. El hambre y la peste asolaron muy pronto la ciudad. El rey de los Visigodos consintió sin embargo en alejarse y retirarse por medio de una gran suma de dinero. Honorio, encerrado en Ravena, no pudiendo cumplir las condiciones del tratado, Alarico le opuso un rival al imperio en la persona de Atalo, prefecto de Roma, el año 409. El año 410 era el señalado para la toma de la ciudad imperial: y el 24 de agosto entraba en ella Alarico con sus Visigodos. Permitió á sus tropas el saqueo; pero la majestad de la religion cristiana principiaba á dominar ya en las costumbres bárbaras. Las basílicas de San Pedro y de San Pablo fueron señaladas por el vencedor mismo como lugares de refugio: todos los vasos sagrados de la iglesia de san Pedro, presentados á Alarico, fueron devueltos á los sa-

cerdotes como objetos sagrados, y aun se vieron soldados que conducian á las vírgenes consagradas á los lugares destinados para librarlas de los ultrajes. El papa san Inocencio no abandonó un momento á Roma en medio de tamaños desastres; y su presencia no fué ni indiferente ni extraña á los testimonios de respeto que tributó Alarico al cristianismo. Ya en 408, el papa le habia sido diputado llevándole las proposiciones de Honorio, y habia sido acogido muy honrosamente por el Bárbaro. Los pueblos se acostumbraban á ver la majestad del soberano Pontífice dominando al tumulto de las armas, y cómo la Iglesia salia triunfante de esta primera invasion, que debia irse continuando hasta Odoacro, rey de los Hérulos.

5. Sin embargo, no podia desplomarse el imperio romano sin que agitase al mundo entero el estruendo de su caída. Los paganos atribuian estos reveses inauditos á la cólera de los dioses, y hacian á la religion de Jesucristo responsable de las humillaciones del Capitolio. Los doctores cristianos se encargaron de responder á estas amargas quejas. En tanto que san Jerónimo, nuevo Jeremías llorando sobre las ruinas de Roma, probaba en sus escritos que la decadencia del imperio se debia á la corrupcion de las costumbres paganas [que se habian inoculado en la sociedad cristiana], y á la avilantez del carácter y del valor dimanada de siglos enteros de goces sensuales y de un lujo desenfrenado, Paulo Orosio, sacerdote de Tarragona en España, escribia á petición de san Agustín su *Compendio de Historia universal*, en el cual por los hechos históricos prueba el mismo raciocinio de san Jerónimo. San Agustín por otra parte componia su obra inmortal de la *Ciudad de Dios*, en la cual, por medio de un paralelo que abraza toda la serie de la historia, muestra el reino de la verdad estableciéndose sobre las ruinas de los imperios, y explana el plan providencial en la institucion de la Iglesia y su desarrollo al través de los siglos. Esta obra inmensa, que sola bastaria á ocupar una vida entera, solo era un incidente en la de san Agustín. La controversia con los Donatistas le hallaba siempre en la brecha, cual infatigable luchador. Se verificó en Cartago, en 411,

una conferencia con los principales de entre ellos en presencia del tribuno Marcelino, encargado de presidirla por el emperador Honorio. San Agustín llevaba la palabra en nombre de todos los obispos católicos. La conferencia duró tres dias. El elocuente orador prueba con evidencia que nunca puede haber causa legítima de separarse de la Iglesia; que la verdadera Iglesia no puede circunscribirse á un rincón del África, y que los Donatistas, por solo el hecho de su nombre, por el hecho además de romper con todo el resto del mundo católico, se hallan condenados *à priori*. Muy profunda impresion hizo su discurso; pero lo que confirmó, mas que toda elocuencia humana, la palabra del santo doctor, fué el inaudito ejemplo de desinterés dado en esta coyuntura por los obispos católicos. A su persuasion, aquellos doscientos ochenta y seis prelados propusieron á los obispos donatistas de cederles á estos sus sillas si consentian en volver á entrar en la comunión de la Iglesia. Tanta abnegacion, puesta en paralelo con tan obstinada porfia de los obispos donatistas, atrajo á la verdadera Iglesia número prodigioso de herejes. De esta fecha, aquel cisma obstinado que asolaba al África desde el tiempo de Ceciliano, iba á ahogarse en el menosprecio público. Los restos de este partido osaron apelar al emperador de la decision de Marcelino. Honorio no respondió á esta reclamacion sino con una orden formal y severa mandada al gobernador de Cartago, de tratar á los Donatistas como á rebeldes declarados del imperio. — Apenas se apagó este cisma cuando vino á plantarse en el suelo mismo de África una nueva herejía, traída por dos extranjeros, Pelagio y Celestio, naturales de la Gran Bretaña. Se trataba ahora del dogma fundamental de la *gracia*, base de la generacion espiritual del hombre. Esta doctrina, tan ardua como importante, encontró en Pelagio un adversario temible y en san Agustín un defensor intrépido. En nuestros tiempos, el jansenismo habiendo llamado la atencion acerca de estas materias, se ha podido comprender cuán difícil seria entonces tratarlas con exactitud, rigor é integridad teológica. Pelagio, que dió su nombre al nuevo error, dejó el año 405 el monasterio

de Bangor, en el país de Gales, para irse á Roma. Ingenio sutil, seductor, hábil en el disimulo y en el arte de los equívocos, nutria de mucho tiempo el gérmen de su sistema sobre la omnipotencia de la voluntad humana. Comenzó á desarrollarlo ostensiblemente en un viaje que hizo á Cartago con Constantio, su discípulo y amigo. San Agustín habia escrito en el libro de sus *Confesiones*, principiado en 397: *Domine, da nobis quod jubes et jube quod vis*. Pelagio se levantó en una asamblea de obispos contra esta proposicion. Era echar el guante al obispo de Hipona, que lo cogió para no volverlo á dejar. Cuanto mas debia á la gracia, tanto mas se creyó obligado á volverle. Persiguió veinte años el pelagianismo, y al morir pudo darse á sí mismo el testimonio de que la herejía, herida por tantas partes, no tardaria en seguirle al sepulcro. Los errores de Pelagio se refieren á tres puntos capitales: 1º. el pecado original; 2º. el libre albedrío; 3º. la necesidad y gratuitad de la gracia. — I. El error fundamental de Pelagio consistia en negar la transmision del pecado de Adán y Eva á su posteridad. En su sistema, el pecado de nuestros primeros padres solo les habia dañado á sí propios; y si causaba perjuicio á sus descendientes, no era eso como una falta hereditaria, sino á lo mas como mal ejemplo; por consiguiente, el bautismo no es dado á los niños para borrar una mancha original, sino para imprimirles el carácter, el sello de la adopcion. II. Acerca del libre albedrío Pelagio enseñaba: 1º. que está tan entero y fuerte en nosotros como en Adán antes de su pecado; 2º. que las fuerzas del libre albedrío bastan al hombre, sin necesidad de ningun socorro sobrenatural, para cumplir todos los preceptos divinos, vencer todas las tentaciones, elevarse á la mas sublime perfeccion y lograr la vida eterna. 3º. En semejante sistema, la gracia quedaba de hecho aniquilada. Pero como hubiera sido imposible suprimir su nombre, Pelagio hacia consistir este don gratuito en el mismo libre albedrío que Dios nos otorga sin debérselo. San Agustín objetaba que Jesucristo habia venido á traernos una gracia mas abundante, sin que la suma del libre albedrío pareciese

mayor en la ley nueva que en la antigua. Pelagio respondió á este argumento que esta gracia del nuevo Testamento consistia en los buenos ejemplos del Redentor. San Agustín preguntaba entonces porqué estos buenos ejemplos obraban tan eficazmente en unos, cuando dejaban á otros indiferentes. Apurado Pelagio en sus últimos atrincheramientos, consintió en admitir una gracia interior de iluminacion en el entendimiento que hacia mas fácil la operacion de la voluntad. Esta gracia era útil, mas no era indispensable: no era ni preveniente, ni gratuita, y Dios no es libre de rehusarla á quien la merece por el buen uso de sus facultades naturales.

Estas nociones preliminares bastarán para comprender el sentido y tendencia del pelagianismo. La primera condenacion fué pronunciada contra los nuevos sectarios por un concilio celebrado en Cartago el año 412, al cual no pudo asistir san Agustín. El anatema fué lanzado contra Celestio solo, porque Pelagio no estaba ya entonces en África; la habia dejado por recorrer las ciudades de la costa de Siria. Los errores de Celestio se hallaban reducidos á siete principales: 1º. Adán fué creado sujeto á la muerte; 2º. su pecado ha sido personal, y no se ha comunicado á su raza; 3º. los niños al nacer están en el mismo estado de inocencia en que se hallaba Adán antes de su pecado ó caída; 4º. el pecado de Adán no es causa de la muerte de todo el género humano; ni la resurreccion de Cristo es causa de la resurreccion de todos los hombres; 5º. la ley de Moisés llevaba al cielo lo mismo que la de Jesucristo; 6º. antes de la venida de Cristo habia ya hombres impecables; 7º. los niños muertos sin bautismo tienen derecho á la bienaventuranza eterna. — Celestio despues de su condenacion apeló al soberano Pontífice, y sin proseguir su apelacion, partió para el Asia, donde continuaba dogmatizando. En el entretanto, Pelagio, delatado por los obispos de las Galias, y particularmente por Heros de Arles y Lázaro de Aix, como hereje, trataba de justificarse á los ojos de los obispos de la Palestina, en una conferencia pública habida en Jerusalem y en un concilio de catorce obispos celebrado en Dióspolis. Orosio de España y

san Jerónimo eran sus principales adversarios. Los Padres de Dióspolis, engañados por las falsas protestas de Pelagio, le habían absuelto del cargo de herejía sin aguardar la respuesta de Inocencio I, á quien se había consultado despues de la conferencia de Jerusalem, para dar decision (415). San Agustín publicaba al mismo tiempo una serie de obras contra los principales errores del pelagianismo: *Tratado de la Naturaleza y de la Gracia; del Mérito y de la Remision de los pecados; de la Gracia del nuevo Testamento; de la Perfeccion de la justicia del hombre; del Libre albedrío*. — San Jerónimo le seguía en este camino, y escribía su *Diálogo entre un Católico y un Pelagiano*. La controversia se iba esclareciendo con las luces que se desprendían de la pluma y la voz de estos dos grandes hombres. Los concilios de Cartago y de Mileva (416) definieron, conforme á la fe católica, que el pecado de Adán ha pasado á sus descendientes, y que sin la gracia interior que nos inspira la buena voluntad, no podemos obrar ningun bien sobrenatural ó útil á la salvacion. Los Padres de este concilio escribieron al papa Inocencio I rogándole confirmase esta definicion con la autoridad de la Sede apostólica. El soberano Pontífice contestó á las cartas sinodales de los obispos de África: « Vos habeis observado cual cumple al obispado las » instituciones de nuestros padres. Estas dan por sentado en » efecto que nada puede arreglarse decisivamente en las co- » marcas mas lejanas sin que se haya elevado al conocimiento » de la Sede apostólica. De esta fluyen, como de su manantial » primitivo, á todas las regiones del universo las aguas vivas y » puras de la verdad. » El papa confirma la decision de ambos concilios y condena solemnemente á Pelagio, á Celestio y á sus sectarios: los declara separados de la comunión de la Iglesia, á menos de renunciar y abjurar sus errores. Despues de este decreto del papa, san Agustín exclamó: « Habló Roma; con- » cluyóse la causa. Quiera Dios que el error concluya tam- » bien. »

6. Afligido del triste estado de la Iglesia, consiguiente al en que había puesto la invasión de los Bárbaros las Galias, la Es-

paña y la Italia, Inocencio había ensanchado el seno de su caridad al nivel de tanto asolamiento. Hacia colectas para socorrer en estas provincias los padecimientos y miserias que semejante trastorno había multiplicado espantosamente. Alarico solo había sobrevivido dos años á la toma de Roma, pero los Visigodos le habían dado por sucesor á su cuñado Ataulfo. El papa hacía trabajar en la conversión de estos bárbaros, y poco á poco les acostumbraba á doblar su cerviz al dulce y amoroso yugo del Evangelio. Daba nuevo ardor á su celo y actividad el deseo de establecer en el seno de la Iglesia católica la unidad de disciplina. Tenemos de esto un documento precioso en una decretal dirigida á Decencio, obispo de Eugubio en la Umbría, que le había consultado sobre diversos puntos de liturgia y de disciplina. « Si los obispos del Señor, dice, quisieran observar » en su integridad las instituciones eclesiásticas, tales como » nos han sido transmitidas por los bienaventurados Apósto- » les, no habría diversidad ni variedad en lo que toca á las » consagraciones y á la celebración de los sacrosantos miste- » rios. » Otras varias cartas de san Inocencio, á varios obispos de Italia y Macedonia, contienen decisiones de este mismo género. Mas la muerte se llevó á este santo Pontífice en medio de sus trabajos el año 417. San Inocencio I es el primer papa que haya hecho un viaje fuera de Roma en servicio de los intereses generales de la Iglesia. En el año 400 se había transportado á Ravena para empeñar al emperador Honorio á ejecutar con la mayor puntualidad lo convenido con Alarico. Si Honorio hubiera seguido [ó tal vez podido seguir] los consejos del papa, se habrían evitado los horrores de la invasión de Roma en 410.

S II. PONTIFICADO DE SAN ZÓSIMO (17 de agosto de 417-26 de diciembre de 418).

7. Fué elegido sucesor de san Inocencio I san Zósimo en el 19 de agosto de 417. Su pontificado, que solo duró un año, quedó casi totalmente absorbido por la cuestión del pelagianismo, que no cesaba de propagar sus estragos bajo el manto